

Homilía en español
La Solemnidad de Cristo Rey del Universo (A)
22 de noviembre de 2020

Buenas tardes, hermanos y hermanas.

MUY buenas tardes.

¡Que gusto que estamos aquí para celebrar nuestra dignidad de hijos e hijas de Dios y nuestra comunidad cristiana!

Hablemos de la realeza.

Veo entre ustedes a reinas y princesas asimismo a príncipes y a reyes. Tenemos una dignidad real dotada por el Rey del Universo.

Hoy llegamos al último domingo del año litúrgico [dos mil veinte], lo que significa que celebramos la Solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. Es interesante que la Iglesia instituyó esta fiesta en 1925 [mil novecientos veinticinco] en medio del ascenso de dictadores como Stalin, Mussolini y Hitler. La Iglesia estaba diciendo: "¡No!" a todas esas falsas afirmaciones de autoridad última. Sabemos que la máxima autoridad pertenece solo a Cristo Rey –el Dios que se encarnó como un niño y murió como hombre entre nosotros para ser nuestro líder para recordarnos de nuestra dignidad real–.

La primera lectura está tomada de Ezequiel. Él era un sacerdote judío que presenció la mayor catástrofe de Israel: la ciudad de Jerusalén fue destruida, el Templo fue incendiado y el pueblo judío fue llevado a la esclavitud. Israel, que estaba destinado a ser la nación real para reunir a

todos los demás pueblos del mundo bajo el único Dios verdadero, fue aplastado.

El rey Nabucodonosor, un dictador extranjero, y su brutal ejército fueron los responsables de esta tragedia; pero, Ezequiel también dice que el mal liderazgo de los pastores religiosos hizo que Israel se volviera vulnerable a la dominación extranjera. No protegen la dignidad real de la gente. El profeta dice: "¡Ay de ustedes, pastores de Israel: pastores que sólo se preocupan de ustedes mismos! ¿Acaso el pastor no tiene que preocuparse del rebaño?" "No han reanimado a la oveja agotada, no se han preocupado de la que estaba enferma, ni curado a la que estaba herida, ni han traído de vuelta a la que estaba extraviada ni buscado a la que estaba perdida. Y a las que eran fuertes, las han conducido en base al terror. Sin pastores, mis ovejas se han dis-per-sa-do: siendo así presa fácil de las fieras salvajes" (Ezequiel 34:2b, 4-5A).

¿Qué hará Dios por su pueblo elegido y real? Oímos de nuevo al profeta Ezequiel: "Porque esto dice Yavé: ¡Aquí estoy, soy yo! Vengo en busca de las ovejas, yo me ocuparé de ellas como el pastor que se ocupa de su rebaño el día en que se encuentre en medio de sus ovejas en libertad. Yo también me ocuparé de mis ovejas y las sacaré de todos los lugares por donde se dis-per-sa-ron ese día de negras nubes y tinieblas. Haré que salgan de los otros pueblos, las reuniré de diferentes países y las conduciré a su propia tierra. Las apacentaré por las montañas de Israel, en los valles y en todas las praderas del país" (Ezequiel 34:11-13). Parece que Dios dice que no va a tolerar más el mal liderazgo y que va a venir a rescatar y a reunir al pueblo real de Israel.

Miren la historia de Israel, el Antiguo Testamento, está lleno de las experiencias de los patriarcas, los jueces, los profetas, y los reyes –y, a veces, las matriarcas, las juezas, y las profetas y las reinas–. Hombres y mujeres como Noé, Abraham, Moisés y David asimismo como Sara, Zipporah (mujer de Moisés), y Rut. Todos fueron elegidos por Dios para reunir al pueblo real de Israel; algunos lo hicieron mejor que otros. Pero Jesús, el Dios encarnado entre nosotros –el cumplimiento de las expectativas de nuestros antepasados en la fe– no es otro representante humano, otro poderoso mundano. Es el Hijo de Dios en el mundo que nos enseña cómo actúa un verdadero pastor de su rebaño.

Jesucristo se acerca a los débiles, cura a los enfermos y los heridos, y trae de vuelta a la presencia de Dios a los que estaban al margen de la vida. Jesús no solo cumple la profecía de Ezequiel sino que va más allá. Jesús se convierte en el Pastor eterno a través de su muerte y resurrección. Se convierte en el Rey del Universo que conquista el pecado y la muerte.

Jesús, el Pastor Eterno y el Rey Universal, nos llama a ser sus nuevos pastores. Pero, ¿qué significa esto para nosotros?

En el evangelio de hoy, leemos sobre la parábola de las ovejas y las cabras (los cabritos muy MAYORES y GRANDES, ¿me explico?). Nos dice lo que significa ser los nuevos pastores de Dios. Oímos: “porque estuve hambriento y me dieron de comer, sediento y me dieron de beber, era

forastero y me hospedaron, estuve des-nu-do y me vistieron, enfermo y me visitaron, encarcelado y fueron a verme” (Mt. 25, 31-46).

Dado que tenemos una dignidad real, Cristo Rey del Universo nos envía al mundo para actuar en su nombre, ser sus brazos, sus manos, su abrazo y su beso (pero con prudencia durante la pandemia).

Al final de cada día, podríamos preguntarnos: ¿Hemos visto a los hambrientos y les hemos dado de comer? ¿Hemos encontrado a los hambrientos de otras formas –por ejemplo los que necesitan la atención personal, unos momentos de nuestro tiempo– y les hemos dado del alimento del amor cristiano? ¿Hemos encontrado a los que tienen sed de justicia, y les hemos dado la bondad y la amistad cristiana? ¿Hemos ob-ser-va-do a los que les falta la ropa o el lugar para descansar, y les hemos compartido? ¿Hemos notado a los que necesitan la protección de los ataques personales y los chismes, las malas lenguas? ¿Hemos visitado a los que están encarcelados, o a los atrapados en la prisión de las adicciones o las relaciones disfuncionales?

Cuando hacemos lo mencionado arriba, somos los instrumentos privilegiados por los que Cristo, el Rey del Universo –el que continúa dirigiendo a su propio pueblo real, lo que somos nosotros–. Así que hoy, para honrar a Cristo, el Rey del Universo, lo ayudamos por ser buenos pastores y reconocemos nuestra dignidad real.